

Hans Magnus  
Enzensberger

Las  
máscaras  
de la razón

Ensayos

Selección y prólogo  
de Luis Meana

Cua  
tant  
dest  
Est  
Enz  
par  
not  
tita  
rro  
gra  
ca  
un  
co  
el  
te  
to  
d  
d  
d  
E  
z  
s  
e  
r

Luis Meana

H. M. Enzensberger:  
la luz y la cruz de la negación

Este hijo lejano de la Revolución Francesa y penúltimo retoño de la Ilustración nació, por lo que luego se ha visto, bajo el signo de su nombre: Magnus. Tan magno que incluso hermeneutas bastante ilustres escribieron de él lo siguiente: «No hay para la aparición de Hans Magnus Enzensberger en la escena intelectual alemana ninguna otra comparación que la aparición de Heinrich Heine». Lo que son palabras mayores. Sea lo que sea de tales comparaciones, Enzensberger es Magno aunque sólo sea por la increíble magnitud y versatilidad de sus dones: no sólo es un ensayista mundialmente reconocido, sino que es también —dato que tiende a pasar inadvertido— un magnífico poeta, a la vez que autor teatral, traductor, políglota excelso en media docena de lenguas, editor de gusto aventurero, brillantísimo polemista, *enfant terrible* de la vida política, fundador de revistas (las míticas *Kursbuch* y *Trans-Atlantik*, por ejemplo), trashumante del mundo (con estancias de meses o de años en los países o ciudades más divergentes, de Noruega a Cuba, pasando por Italia, la Unión Soviética, Roma, Nueva York, México), entre otros dones más o menos «dandis». Estamos, como demuestra todo eso, ante una especie de Casanova del conocimiento, un Don Juan de la más refinada cultura. De ahí que se tenga siempre la impresión de estar ante un

de repetirse aquello que Enzensberger mismo escribe, comienzo de su tesis doctoral sobre Clemens Brentano, de éste: «Como todo hombre que merece que la posteridad recoja no sólo su obra, sino su misma persona, Clemens Brentano es un enigma que ninguna biografía puede descifrar. Su verdadero ser no podemos llegar a conocerlo; el Brentano que creemos conocer es una creación en la que ha tomado parte tanto su imaginación y la nuestra como la historia: un niño ensoñador [...] el soberano de un principado fantástico entre el cielo y la tierra; un duende aterrador del burgués [...] un comediante, un ladrón y un guitarrista; un jovencito deslumbrante; un hombre apasionado y variable, un genio erótico [...]».

Cuando la naturaleza le da a alguien tanto equipaje para el viaje es que lo ha destinado a algo más que a plantar flores. Este hombre-élite, Hans Magnus Enzensberger, de mano tan ingrátida para las ideas como Mozart para las notas, se encontró un día ante una tarea titánica: la recomposición de una bancarrota histórica. Como heredero de una gran hacienda arruinada, tuvo que dedicar, *nolens volens*, esas manos de plata a una labor en principio ingrata: arrastrar, como el *chiffonnier* de Baudelaire, hasta el vertedero de la historia todos los cascotes, los desperdicios, los escombros y todas las basuras que el derrumbamiento de una cultura gigante, la alemana, había dejado desparramadas por el suelo. Por decirlo con un bello texto de Walter Benjamin: tuvo que dedicarse a «urbanizar territorios en los que hasta entonces sólo había flore-

de la Razón sin mirar ni a derecha ni a izquierda, para no caer en el temor que llama desde lo profundo de la selva. Todo el espacio tuvo que ser urbanizado por la Razón, y limpiado de la maleza de la locura y del mito». Una tarea que impuso condicionamientos vitales, porque hay urgencias que no pueden dejarse de lado para dedicarse a hacer bellos poemas líricos. Enzensberger fue, como Habermas, Grass y otros contemporáneos, una especie de condenado a trabajos forzados en el gigantesco campo de castigo de la posguerra alemana. Toda su primera obra es el resultado de esa urgencia de bombero. Como lo formuló una vez su coetáneo Habermas, toda esa catástrofe obligó a Enzensberger a una «revisión de las raíces de la política» y, consecuentemente, de la literatura. Porque, por decirlo con la famosa frase de Adorno, «dedicarse a hacer poesía tras Auschwitz es una barbarie». Su primera tarea sólo podía consistir, por tanto, en reiniciar la «alfabetización política de Alemania». Y a eso se entregó en cuerpo y alma siguiendo el bello *motto* de Günter Eich «sed incómodos, / sed arena, no aceite, / en la maquinaria del mundo». En ese impulso llegó a veces a una radicalidad superlativa, como cuando estipuló la maldad intrínseca de toda estructura política o como cuando afirmó que Auschwitz era la consecuencia final que le brota a toda política, afirmación que le costó la reprimenda, no muy severa, de Hanna Arendt. En resumidas cuentas, que los condicionamientos de la historia alemana obligaron a Hans Magnus Enzensberger a ponerse el ropaje del *zornige junge Mann*, del *enfant terrible*, con el fin de desmontar la hipocresía impuesta por la gene-

ración de los padres, que seguían haciendo como si Hitler hubiera caído, meteórica e imprevistamente, del cielo, sin que ni los alemanes ni Alemania hubieran tenido nada que ver en ello. Hubo, pues, que romper muchos silencios, hacer estallar muchas mentiras, evitar que todas esas actitudes hipócritas blanqueasen farisaicamente el sepulcro alemán. Como casi siempre, bordó ese papel de *zornige junge Mann* y se convirtió en un punto de referencia nacional, casi en instancia. En uno de los más crueles críticos de la Alemania de Adenauer, pacata, provinciana y tendera. De esa época y tarea han quedado ensayos magníficos, llenos de furia, agresividad e ingenio, en los que continuó aquella vieja tradición ácida, irónica y crítica que representaron un día Kraus y Tucholsky dentro de la lengua alemana.

Con el tiempo, tuvo que descubrir, como tantos otros, que todas esas marionetas de la dramaturgia alemana eran sólo los guiñoles nacionales de una corriente histórica mucho más internacional y profunda. Eso le obligó a saltar de lo local a lo universal, de lo particular a lo general, a pasar «de la alfabetización política de Alemania a la alfabetización sociopolítica del mundo». Con otras palabras, a pasar del análisis de las condiciones materiales de la dominación política a las inmateriales, que son las determinantes de nuestra cultura y las que forman la industria central de la Modernidad: «la industria de la conciencia», como él mismo la denominó. Como casi siempre, le dio a la empresa un sello absolutamente personal: introdujo un

carácter de actitud radical frente a toda esa industria de la conciencia, como hicieron tantos otros, se dedicó a buscar fría y analíticamente las leyes que la mueven. En esa labor llegó a su plenitud una cualidad de Enzensberger que ya había asomado en su vivisección de las cuestiones alemanas: su cualidad de «sismógrafo de lo venidero». No al estilo de un Baudelaire o de un Benjamin, sino a niveles más «triviales», pero, al mismo tiempo, más necesarios. Nadie más rápido, nadie más agudo, nadie más adelantado que Enzensberger para intuir y prever lo que va a pasar o está pasando en cada momento en una cultura. Capacidad para la que este hombre dispone de una especie de don del cielo: su *asincronía*. Enzensberger «siempre está allí donde no debería estar». Como formuló certeramente un crítico, Enzensberger llega a todo antes que los demás. Observación incompleta porque no sólo llega antes que los demás, también es siempre el primero en abandonar una posición exangüe, pues si tiene un olfato superdotado para anticipar lo venidero, lo tiene aún más superdotado para detectar cualquier indicio, por ligero que sea, de momificación. De todo ese complejo y excelso olfato para lo presente y lo venidero salieron ensayos magistrales, unos investigativos —como los hermosísimos sobre los anarquistas («Los ensoñadores de lo absoluto») o sobre la mafia norteamericana («Chicago Ballade»);—; otros más teóricos —como «La industria de la conciencia», «El ocaso de la crítica» o «El juego a la gallinita ciega de la economía»—; otros de actualidad sociopolítica —como «Los héroes de la retirada», «La tribu de los charlatanes», «Necrológica de la moda»—, y muchos más. Al-

gunos de ellos suponen hitos de difícil superación. Es el caso, por citar un solo ejemplo, del magnífico análisis del turismo —«Una teoría del turismo»—, tan magistral e insuperado hoy como cuando fue escrito hace tres decenios.

Por tanto, Enzensberger tiene tras de sí una compleja trayectoria. Que sólo puede explicarse y entenderse desde una premisa: su «nomadismo». Intelectualmente, Enzensberger es un nómada, no un sedentario. Como todo nómada, no ha nacido para arar permanentemente un mismo terreno, sino para ir recorriéndolos todos. Como todo nómada, aspira constantemente a aquel cambio de «clima del alma» al que se refiere Nietzsche: «Lo mismo que un médico manda a sus pacientes a un lugar nuevo para que se liberen de todo su “hasta ahora”, de sus preocupaciones, amigos, cartas, obligaciones, idioteces y torturas de la memoria, y aprendan a dirigir las manos y los sentidos hacia una forma de alimentación nueva, un sol nuevo, un nuevo futuro, así me obligo yo, médico y enfermo en una misma persona, a un «clima del alma» aún no probado e inverso, a saber, a una migración a lo lejano, a lo *distinto*, a una curiosidad por todo tipo de cosas desconocidas [...] De eso se siguió un largo mudar, buscar, cambiar, una aversión contra toda permanencia, contra todo afirmar o negar grosero [...]». En dos palabras, y siempre según Nietzsche, «antes morir que vivir siempre aquí». Esa actitud del nómada en todo momento le ha causado problemas a Enzensberger. Como puede constatarse leyendo algunas de las anotaciones de

ciosa exposición del conflicto: «Yo siempre quería saber de él [de Enzensberger]: dónde estás. Pero precisamente eso es lo que él más despreciaba, le repugnaban esas ataduras, esas determinaciones de posición que yo exigía». Por tanto, aunque ese nomadismo le haya proporcionado a Enzensberger la *lux* de la permanente innovación, le ha causado también la *crux* de marcarle con el estigma del traidor o del camaleón, del que cambia con demasiada frecuencia de trinchera, de credo o de principios. Un conflicto que es más histórico que personal, es decir, tiene su causa más en ciertas creencias o circunstancias de una época que en las peculiaridades psicológicas de una persona. Pues, por alguna razón misteriosa, la radicalidad de un pensamiento se ha puesto, en las últimas décadas, más en relación con su «radicalización estática» que con la «radicalización de su dinámica». El grado de radicalidad de un pensamiento se ha medido más por la referencia «geográfica» de en qué punto del espacio —político o social— está ubicado que por el movimiento o transformaciones que conlleva. Lo que viene a ser como incurrir en lo que podríamos denominar «reversión de la radicalidad»: como demuestra el radicalismo de Nietzsche, la radicalidad consiste en pisar constantemente territorio inexplorado y prohibido, y no tanto en radicalizar la crudeza de la crítica desde una posición intelectual fija. La crítica no es radical por su «radicalismo estático» —por la permanente repetición de denuncias o por la dura crudeza de la objeción—, sino por la radicalización de su dinámica: por ser un continuo abandono del hogar habitado. La Razón no está, primordialmente, para de-

nunciar; está, primordialmente, para explorar. La denuncia no es más que la resultante de esa exploración incesante. Criticar supone abandonar permanentemente el hogar —el punto ideológico o ideográfico habitado—. «La libertad —enuncia en un momento de la *Genealogía de la moral* Nietzsche— consiste en el abandono permanente del hogar.» Paradójicamente, la intelectualidad izquierdista de las últimas décadas se ha quedado paralizada, como una estatua de sal, en el *j'accuse* de Zola, como si la labor primigenia del intelectual fuera dedicar toda su vida a denunciar injusticias. Eso mismo es lo que expresa Enzensberger en un conocidísimo texto programático: «No todo el mundo sirve para lanzar credos [...] El rearme moral de izquierdas por mí puede morir. No soy un idealista. Frente a los credos, prefiero los argumentos. Me agradan más las dudas que los sentimientos. El parloteo revolucionario me repugna. No necesito visiones libres de contradicción. En caso de duda decide la realidad». Todo prohijamiento excesivo de una posición o de una idea, toda atadura a una concepción, equivale a frenar o traicionar el desarrollo del mismo pensamiento. Con otras palabras, «la teoría nunca puede ser la soga con la que se ahorque el propio pensamiento». Si se atiende a ese «dinamismo programático», es, entonces, bastante fácil encontrar una continuidad fundamental en todas las variaciones y diversas posiciones de Enzensberger, y muchas más continuidades de las que se descubren si esa obra es analizada únicamente desde las coordenadas típicas del izquierdismo comprometido.

Dado que se trata del ensayismo de un nó-

lectual sin intención de quedarse en él para siempre, el de Enzensberger es, y debe ser, necesariamente «ligero»: ese ensayismo no aspira a desvelar las últimas esencias filosóficas de nada, tampoco a cargarse de «ergos» y silogismos, y menos todavía osa cubrirse con el pesado plomo de lo académico. Es un ensayismo «periodístico» (en el mejor sentido que pueda tener hoy una palabra tan negativamente connotada), es decir, propiamente ensayístico: hecho para los hombres cultos de su tiempo y no para académicos. Por eso, cuida más la gracia de la ironía que la desgracia de la erudición profesoral mostrenca. En este sentido, ese ensayismo es más francés que alemán. El propósito del ensayo de Enzensberger es proporcionar al objeto, o al problema analizado, las condiciones mejores de libertad para que se revele más el problema mismo que sus ventrílocuos intelectuales que somos nosotros. Para lo que utiliza el procedimiento que él mismo denomina la «segunda mirada»: «la crítica [...] no quiere destruir o liquidar a sus objetos, sino que quiere someterlos a una segunda mirada». De lo que se trata es de someter el problema a una iluminación múltiple de luces entrecruzadas, a un juego relampagueante de ángulos inversos, desacostumbrados o inesperados. Ese empirismo de la «segunda mirada» nos descubre el mundo mejor que la primera, sencillamente porque ésta sólo nos reproduce nuestros propios esquemas mentales.

La pregunta que se ha planteado muchas veces es si un ensayismo así, ligero, desenfadado, descomprometido e irónico, y tan seducido por el «gusto por la inconsecuencia», no incurrirá en

aquel vicio del que Hanna Arendt acusó, en un contexto distinto –concretamente en el contexto del análisis del nazismo–, a Enzensberger: el de ser una forma cultivada de escapismo. Lo que se preguntan muchos observadores críticos es si todo ese derroche de brillo, genio, ingenio, gracia, divertimento, agudeza y deleite no será simplemente una forma elegante y elitista de pasatiempo para espíritus altamente selectos. Una objeción que le siguen haciendo, velada o explícitamente, muchos de sus coetáneos a Enzensberger. Sin ninguna duda, hay una parte de escapismo frívolo en el brillantísimo ensayismo de Enzensberger. Pero, detrás de toda esa ligereza y «escapismo», todo lector atento puede descubrir además dos cosas. Primera, lo que podría denominarse «el truco del ambientador». El ensayismo de Enzensberger es como los pulverizadores ambientales: esparciendo por la estancia unas refrescantes gotitas de agradable perfume, lo que hace en realidad es llenar la estancia, mediante la ingravidez de la ironía y el gusto por la inconsecuencia, del veneno corrosivo de la crítica. Segunda, todo ese supuesto escapismo es sólo «una forma astuta de disfraz»: como el buen espía, Enzensberger se pone todos los disfraces posibles para ocultar, pudorosamente, aquello que, de verdad, es: un moralista tímido que oculta, tras un vistoso follaje de escepticismos, indiferencias, ridiculizaciones, la indignación del humanista. Tras la fina ironía de Enzensberger está siempre oculto el diente venenoso de la cobra que pone su mortífera mordedura sobre la hipocresía intrínseca al poder y a sus ocultas intenciones. Como puede percibirse cla-

nuncia del capítulo final de *La gran migración*, las tituladas «Paradojas de la caza humana». Esos dos aspectos, esa suave ambientación irónica y esa mordedura crítica, forman los dos pilares fundamentales del verdadero y más clásico ensayismo europeo, el de Montaigne y tantos otros, al que pertenece también, con toda su «ligereza», Enzensberger.

Antes de finalizar, un breve comentario sobre los ensayos recogidos en este libro. Es absolutamente imposible meter a Enzensberger en un libro, dadas las dimensiones y la amplitud de su obra. Los ensayos que se recogen aquí son, por tanto, una selección mínima de la amplísima obra ensayística de Enzensberger. Selección que se ha hecho atendiendo a criterios y consideraciones muy heterogéneas: que los ensayos elegidos sirvan para dar una visión de las distintas épocas del autor, que traten temas de una cierta relevancia actual, que los ensayos no tengan una extensión exagerada, que tengan un cierto interés e inteligibilidad para el público español, y así sucesivamente. De lo que se trataba era de ofrecer al público español un breviario con «lo mejor» de Enzensberger. Lo que no quiere decir que esté recogido aquí todo «lo mejor» de Enzensberger, que es mucho para que quepa en un libro, sino, más modestamente, una cantidad suficiente de «lo mejor» para que el público español disponga de una recopilación de lo esencial «del mejor» Enzensberger. Creo que el libro proporciona eso. Es una especie de escáner de Enzensberger: un corte diagonal y diacrónico de la

los problemas afrontados, el desarrollo intelectual del autor, sus intereses, su forma típica de análisis y las distintas capas de su pensamiento. La selección presenta una peculiaridad más para el lector español: recoge prácticamente todos los ensayos publicados por Enzensberger en los últimos cuatro años. Ensayos que no es posible encontrar juntos en ningún otro sitio: no existe, hasta este momento, ningún libro, ni español ni alemán, en el que estén reunidos todos esos ensayos, hasta ahora sólo publicados separadamente en distintos periódicos o revistas alemanas y españolas.

A la vista de este Breviario esencial de Enzensberger, no creo que sea difícil convencerse de que nos encontramos ante un magnífico ensayista. Porque —y por citar una vez más a Nietzsche— «se reconoce a un filósofo en que se aparta de tres cosas brillantes y ruidosas, la fama, los príncipes y las mujeres: lo que no quiere decir que esas cosas no se acerquen a él». Si éstos son los criterios, no veo qué razón pueda existir para negarle a Enzensberger el título de filósofo, «ligero», si se quiere, pero bueno.

## A modo de prólogo

¿En qué piensa un autor español cuando piensa que va a leerle, posiblemente, alguien? Con certeza, no en un agente inmobiliario de Hong Kong, en un campesino de Arkansas, o en un bibliotecario de Stuttgart. ¿Y de dónde saca ese escritor español sus figuras, su material, sus ejemplos? Presumiblemente de su experiencia, lo que quiere decir de su entorno.

En otros casos ocurre exactamente lo mismo. Imaginémonos un autor alemán. No hace falta que sea uno especialmente provinciano. Puede muy bien haber recorrido el mundo. Quizá le guste viajar. Quizá hable, incluso, español. Y, a pesar de todo eso, mientras escriba no pensará constantemente en España cuando no esté escribiendo precisamente sobre España.

Eso es lo que me ha ocurrido a mí. Por eso no es ningún milagro que en este libro se hable mucho de Alemania, del ciudadano normal alemán, de periódicos alemanes, de imbecilidades alemanas.

Pero eso no significa que yo considere a Alemania un país especialmente interesante o, incluso, que yo escriba para germanistas. El propio país es, al final, sólo una casualidad, de la que no se libra uno.

A eso se debe que los textos literarios hayan sido traducidos en todas las épocas y en todos los países. Un poema de Machado o una novela de Vargas Llosa se lee en Alemania no —al menos no primordialmente— para enterarse de algo acerca de España o de Perú, sino porque uno se reconoce en lo ajeno,